

Los escolares del segundo ciclo de la Educación Primaria

Los niños que estudian en quinto y sexto grados (segundo ciclo) en nuestras escuelas, tienen como promedio de 10 a 12 años. Conocer las características de los escolares de estas edades es de gran importancia, y constituye un requisito para el trabajo de los maestros de estos grados y para que la labor docente educativa que realizan pueda cumplirse con éxito.

El hecho de que los escolares de quinto y sexto grados tengan características psicológicas, sociales y otras muy cercanas, y evidencien conductas y formas de enfrentar la enseñanza y el mundo en general de forma muy similar, posibilita que se pueda delinear una caracterización conjunta para estas edades.

En la presente caracterización sólo se incluyen aquellas peculiaridades más importantes y sobresalientes, que diferencian a los escolares de estas edades, de sus congéneres más jóvenes. Es tarea del maestro, por tanto, profundizar en esta cuestión, ya sea a partir de la lectura y el análisis independiente de la literatura sobre el tema, como del análisis de su propia experiencia en las clases y otras situaciones de interacción maestro-alumno. Esto posibilita conformar una representación más acabada de las características de los alumnos de 10 a 12 años.

Comencemos nuestra exposición abordando las características de estos alumnos en el área de su *desarrollo social*.

De diez a doce años, el campo y las posibilidades de acción social del niño se ha ampliado considerablemente en relación con los alumnos del primer ciclo. Ya los alumnos de estos grados han dejado de ser, en gran medida, los “pequeñines” de la escuela y de la casa, para irse convirtiendo de forma paulatina en sujetos que comienzan a tener una mayor participación y responsabilidad social.

Al observar el desenvolvimiento del niño en la casa inmediatamente se constata que, por lo común, ellos tienen mayor incidencia en los asuntos del hogar, en el cumplimiento de las tareas familiares más elementales y cotidianas; el niño comienza a hacer mandados con más frecuencia, tarea que en muchas ocasiones se le atribuye como responsabilidad que debe cumplir con cierta sistematicidad.

Ya no sólo es capaz de realizar un aseo personal como le era característico en el primer ciclo, sino que si tiene más hermanos pequeños, vela por ellos y actúa, en cierta forma, comunicándoles formas de conducta, patrones y hábitos elementales, tanto personales, como en relación con las actividades de la casa y sociales en general.

En dependencia de su lugar de residencia respecto a la escuela, el escolar de estas edades es capaz de trasladarse solo hacia ella, incluso en condiciones en que debe velar por el tránsito. Estos alumnos manifiestan rechazo ante el excesivo tutelaje de los padres e, incluso, de los maestros.

Estos escolares tienen, por lo común, una incorporación activa a las tareas de los pioneros, en los movimientos de exploradores y otras actividades de la escuela; ya salen solos con otros compañeros y comienzan a participar en actividades de grupo organizadas por los propios niños. Es el comienzo, por ejemplo, de la participación en fiestas que aumentarán después, en la adolescencia propiamente dicha.

Esta ampliación de la proyección social del niño es, al mismo tiempo, una manifestación y una condición, *del aumento de la independencia personal y la responsabilidad personal ante las tareas*, y por lo general trae aparejada, por parte de los adultos, una mayor confianza en el niño, en sus posibilidades personales.

Puede decirse que en el segundo ciclo se abre ante los alumnos, un cambio en el lugar social que ocupan respecto a las tareas y a las personas con las cuales se relaciona (padres, maestros y amigos más pequeños o de mayor edad). El aumento en la independencia y la responsabilidad que resulta posible constatar en los alumnos de estos grados, puede ser aprovechado al máximo por la escuela para contribuir al incremento de su participación personal en las diferentes actividades. Al aumentar el nivel de confianza en ellos, se pueden utilizar estas “fuerzas que surgen”, para darles tareas que deben cumplir respecto a sus compañeros más pequeños, educando la responsabilidad personal y la independencia como cualidades estables de su personalidad.

En todas las edades, resulta muy importante mostrar confianza en el alumno, hacer ver que se le reconocen sus posibilidades, dirigir su atención hacia las adquisiciones personales que va haciendo en relación con la vida escolar y con la social en general; pero el ingreso en el segundo ciclo, debe marcar un hito, por así decirlo, en el esfuerzo que debe hacer el adulto —el maestro y el padre, o ambos en obligada interacción— por valorar y reconocer las adquisiciones de escolar. Al respecto, la escuela no debe adoptar una postura contemplativa sino apoyarse en los alumnos para elevarlos a planos superiores. En este sentido, tiene gran importancia el conocimiento por parte de los educadores, de las relaciones interpersonales de los alumnos entre sí en su grupo escolar.

En investigaciones realizadas con escolares cubanos se pudo apreciar que los alumnos del segundo ciclo muestran un alza en la aceptación de unos hacia los otros y un descenso en los rechazos en relación con lo obtenido en los grados anteriores y posteriores. Al realizar la autovaloración de su posición en el grupo, se observa una mayor tendencia, en los alumnos de quinto y sexto grados, a la sobrevaloración de su posición que al conocimiento objetivo de esta, lo cual se da, con mayor frecuencia, en los alumnos que, en su grupo, no ocupan una posición favorable, y que al autovalorarse, expresan valoraciones por encima de la posición que ocupan en realidad.

Lo expresado debe conducir a los educadores a una reflexión acerca de estas cuestiones, a mostrar tacto y cuidado en el manejo de situaciones diferentes que pueden presentarse en el aula, a fin de que contribuyan al bienestar emocional de sus alumnos. En cuanto a las razones que los niños expresan que los llevan a aceptar a sus

compañeros encontramos, a partir de quinto grado, como predominantes las que hablan de la implicación personal del alumno en la relación: “porque me comprende”, “porque pensamos igual”, “porque me ayuda”, por encima de las razones referentes a aspectos de la conducta social que se manifiestan en la relaciones con los demás de manera general, las cuales tenían la supremacía hasta cuarto grado.

Todo lo analizado nos permite plantear que en estas edades hay un enriquecimiento tanto cuantitativo como cualitativo de las relaciones interpersonales de los alumnos entre sí, que debe ser tenido en cuenta en el trabajo escolar y en la comunicación de los adultos con los niños, y entre los niños, a fin de favorecer su desarrollo positivo.

Los alumnos de este ciclo muestran, respecto a los del ciclo anterior, un aumento en las posibilidades de autocontrol, de autorregulación de sus conductas y ejecuciones, lo cual se manifiesta, sobre todo, en situaciones fuera de la escuela, tales como en el juego, en el cumplimiento de encomiendas familiares y otras.

Sin embargo, en ocasiones, estas posibilidades de autocontrol y de regulación de la actividad, no se hacen patente cuando se trata de la realización de las tareas docentes. Este hecho indica no tanto una incapacidad de los alumnos, sino que la escuela, y en particular los maestros, no explotan al máximo las posibilidades de los alumnos de quinto y sexto grados, que ya están en condiciones de llevar a cabo el autocontrol de las tareas en las diferentes asignaturas y situaciones escolares.

Este desaprovechamiento de las posibilidades “naturales” de control y autocontrol de los alumnos se evidencia en muchas investigaciones. En ellas se muestra cómo niños de estos grados que fuera de la escuela pueden ser portadores de formas y mecanismos de autorregulación en las actividades que desarrollan, cuando saben cómo hacerlo y, lo que es peor, no hacen intentos por controlar y autocontrolar su actividad.

Los maestros deben hacer todo lo posible por dotar a los alumnos de procedimientos de control y autorregulación, para hacerles ver la importancia de este componente de la actividad. Para ello es necesario no sólo aprovechar las posibilidades de los alumnos de quinto y sexto grados, sino también encauzarlas en todo momento y en *todas las asignaturas* de una manera inteligente, de acuerdo con los objetivos parciales y generales que se persiguen.

Desde el punto de vista *afectivo-emocional*, los alumnos del segundo ciclo comienzan a adoptar una conducta que se pondrá claramente de manifiesto en la etapa posterior: la adolescencia. Así estos niños se muestran, en ocasiones, inestables en las emociones y afectos; cambian a veces bruscamente de un estado a otro, de manera tal que quien los observa no encuentra la justificación lógica para estos cambios, por lo cual a sus ojos aparecen como inadecuaciones efectivas. Sin embargo, lejos de observarlos como una anomalía, el maestro debe comprender que esos cambios son producto de una afectividad que está alcanzando un nivel superior de desarrollo, y a cuya formación –con paciencia, sabiduría y amor– está obligado a contribuir.

Esta habilidad afectiva no es solo un “accidente de la edad”, sino un momento de búsqueda, de ajuste afectivo, un tránsito que comienza y que continúa en la adolescencia hacia un nivel superior en el cual, en condiciones normales, la afectividad se estabiliza.

El maestro encuentra en esta afectividad variable del alumno del segundo ciclo, un campo ideal para educar no sólo la afectividad y la emocionalidad del niño, sino para desarrollar los sentimientos y la vivencia personal de emociones fuertes (agradables y desagradables) con el propósito de comenzar a preparar al niño para *autoeducar* sus emociones. Debe tenerse en cuenta que esta peculiaridad –autocontrol de emociones– será uno de los principales atributos de una personalidad madura.

Los niños de estas edades no son todavía adolescentes, ellos se hallan a las puertas de esta etapa. Hemos considerado correcto caracterizarlos como *preadolescentes*, lo cual indica que han entrado en una fase que sin ser aún la adolescencia, posee algunos perfiles propios como son la posibilidad y la necesidad de independencia, que se va a hacer más notable en la etapa siguiente.

Un aspecto que caracteriza a los niños del segundo ciclo, y de mucha importancia para la labor del maestro, sobre todo en su labor educacional, radica en que a esta edad comienzan a identificarse –consecuentemente muchas veces– con personas, personajes, etc., que se constituyen en modelos o patrones. La peculiaridad de esta identificación es que puede producirse teniendo como sustrato la valoración crítica de la persona o personaje antes de convertirlo en el modelo propiamente dicho. Por tanto, en esta etapa, el proceso de aceptación de patrones y modelos personales no se produce acriticamente, sino mediado por la valoración y el juicio.

Ahora bien, de manera un tanto contradictoria, ocurre que una vez que el alumno se ha identificado con “su modelo”, la aceptación, el querer ser como él presenta entonces un alto grado de estabilidad en el cual disminuye la crítica sobre el modelo.

El hecho antes descrito es de mucha importancia para el tratamiento de estos niños y sobre todo en lo concerniente a la figura del maestro como posible modelo, que ya no es asimilado acriticamente como ocurría en etapas anteriores. Por ello, el maestro tiene que *ganarse*, a partir de este momento, un lugar como posible modelo; su papel como *maestro* comienza a dejar de conferirle automáticamente un lugar en la aspiración, en el “como quiere ser” del alumno.

Lo expuesto permite comprender que el alumno de quinto y sexto grados es capaz de emitir juicios y valoraciones sobre personas, personajes y situaciones, tanto de la escuela, de la familia, como de la sociedad en general. Ya comienza a no aceptar pasivamente, sin juicio, las indicaciones del adulto; ve en las conductas lo positivo y lo negativo y, en ocasiones, actúa en correspondencia con la imagen que de sí se ha formado.

Esto pone obviamente al maestro ante la situación y la necesidad de justificar su autoridad, de hacer que sus indicaciones tomen sentido para el niño. Ya no se tiene ante el niño la razón o la autoridad sólo por ser el maestro, sino que la autoridad del maestro proviene de su prestigio, de las cualidades que le asistan como educador.

Ya en esta edad los niños se representan claramente cómo debe ser, cómo les gustaría que fuera y cómo es su maestro; tienen maestros preferidos y maestros menos preferidos.

El efecto del maestro preferido muchas veces se extiende a la asignatura y eso es importante. No es raro que el interés de un niño de estas edades por una asignatura decaiga precisamente porque antes decayó el prestigio del maestro; o

lo contrario, es posible que el interés de una asignatura antes no preferida sea mayor al aumentar el prestigio del maestro.

Pero además, es necesario tener en cuenta lo anterior para el trabajo educativo, pues resulta difícil que un maestro pueda ejercer una influencia favorable en el alumno si este no lo ve como digno representante de lo que propugna.

Otro aspecto muy importante radica en la diversificación de los gustos, intereses y preferencias de estos alumnos, en relación con los más pequeños. Sobre el particular, investigaciones realizadas en nuestro país han mostrado un cuadro relativamente amplio de deseos e intereses. Respecto a los deseos se observó que en el sexto grado predominan los relativos a la actividad docente. Pero también los hay de carácter familiar, personales, sociales, de recreación, etc., lo cual indica que en esta edad en los deseos de los niños se produce un notable enriquecimiento, ligado indiscutiblemente al aumento de su experiencia personal y a su inclusión en sectores más amplios y diversos de la actividad.

La diversificación e incremento en la esfera de los deseos e intereses que se produce en estas edades, es una base muy fuerte sobre la cual puede cimentarse un profundo trabajo en los gustos, aspiraciones culturales y sociales en general. El aumento del universo de deseos, expectativas, gustos e intereses que puede producirse ya en el segundo ciclo, debe ser nutrido con un amplio trabajo que desarrolle los gustos estéticos, artísticos y culturales en general; con programas y clases que muestren la diversidad de la vida, sus aspectos positivos principalmente, pero también los negativos.

Además, ya en esta etapa el niño comienza a estar preparado (y esto lo veremos con más detenimiento posteriormente) para enfrentar su vida, sus expectativas, sus deseos propios de asumir una posición consciente y crítica ante ellos. Para esto debe prepararlo el maestro.

Una esfera en que los alumnos experimentan un notable cambio es la intelectual; en particular en lo que al pensamiento se refiere.

Los alumnos de diez a doce años, a diferencia de sus congéneres más chicos experimentan un aumento notable, en las posibilidades cognoscitivas, en sus funciones y procesos psíquicos, lo cual sirve de base para que se hagan más altas exigencias a su intelecto.

En esta etapa el alumno ve acrecentarse sus posibilidades de trabajar con contenidos abstractos, organizándolos y operándolos en la mente, es decir, en el plano interno. Si en etapas precedentes el razonamiento del niño en situaciones que puedan ser denominadas como problemas (lógicos, matemáticos, sociales, etcétera), no se producía preferentemente en el plano interno, ahora es capaz de hacer deducciones, juicios, formular hipótesis y consideraciones en este plano y además con un alto nivel de abstracción.

Estas posibilidades, que se han ido preparando y generando de modo paulatino a lo largo de la enseñanza, alcanzan hacia estas edades un nivel más alto de expresión, de forma tal que, como dijimos anteriormente para la enseñanza y la estructuración de los contenidos, el segundo ciclo abre nuevos horizontes, que a menudo no son aprovechados al máximo por la enseñanza, casi en ninguna asignatura y menos aún en las situaciones que habitualmente se crean en la escuela, y que comprometen y ponen en juego la actividad mental de los alumnos.

Al respecto, resulta bastante claro que a veces tanto las asignaturas como los maestros, que son los principales portadores del avance de los alumnos en el plano de los conocimientos y de su desarrollo intelectual, mantienen una exigencia que está por debajo de las posibilidades del niño. Muchas de las tareas que se les plantean no constituyen un incentivo para las fuerzas intelectuales (cognoscitivas) de los alumnos, lo cual en muchos casos provoca una disminución de estas potencialidades y un consiguiente aumento de las dificultades en el proceso docente educativo.

El aumento de la capacidad de reflexión que se produce en esta etapa, unido a las posibilidades crecientes de autorregulación y la actitud crítica ante los sucesos y situaciones, constituyen aspectos importantes que se deben tener en cuenta por los maestros en su interacción con los niños y, sobre todo, al formar su actividad cognoscitiva.

La manera adecuada o las formas posibles de proceder, se tratan en diferentes obras metodológicas, psicológicas, etc., dedicadas al perfeccionamiento de la labor docente educativa, las cuales deben ser consultadas por los maestros.

En el segundo ciclo, se pone de manifiesto el cambio que han experimentado los escolares en lo que al desarrollo anatomofisiológico respecta. Se aprecia en estos niños el aumento de talla, de peso y del volumen de la musculatura. Comienzan a despuntar las desproporciones (el tronco con respecto a las extremidades) y aumenta la fuerza muscular; los caracteres sexuales secundarios comienzan a hacer su aparición.

Por lo general en las niñas, estos cambios hacen su aparición de forma más prematura. Muchas de ellas han experimentado la primera menstruación a los once años (menarquía). En correspondencia con dichos cambios aparece también el interés más marcado hacia las cuestiones del sexo, con lo cual se hace necesaria una correcta y oportuna educación sexual.

Un hecho importante es que en estos grados se observa una tendencia de los varones y las hembras a agruparse, a realizar actividades, a relacionarse preferiblemente con compañeros de su propio sexo. Esta tendencia no puede verse como algo totalmente inadecuado, sino como una forma de reafirmación del sexo, como una vía –sobre todo en las hembras que muestran una preocupación más prematura– por la cual se van preparando, de modo espontáneo, para la futura interrelación romance-noviazgo que tendrá su eclosión principal en la adolescencia.

El desarrollo anatomofisiológico y el psicológico que experimentan los alumnos hace necesario un tratamiento especial por parte del maestro, que no puede ver a los alumnos como niños pequeños del primer ciclo, pero tampoco como adolescentes; que debe actuar con cautela y tacto para influir favorablemente sobre ellos, para lograr una adecuada y armónica formación en el terreno moral, emocional, e incluso físico de la personalidad de sus alumnos.

Hasta aquí la breve caracterización de los escolares de quinto y sexto grados. Queremos, por último, recordar que solo puede haber un trabajo adecuado en el sentido formativo que exige la acción pedagógica, si se conocen las peculiaridades de los alumnos y consecuentemente se tienen en consideración. Este conocimiento debe ser la base para una perfecta y eficiente organización de la enseñanza, para una influencia mayor del maestro en la formación de estos alumnos.